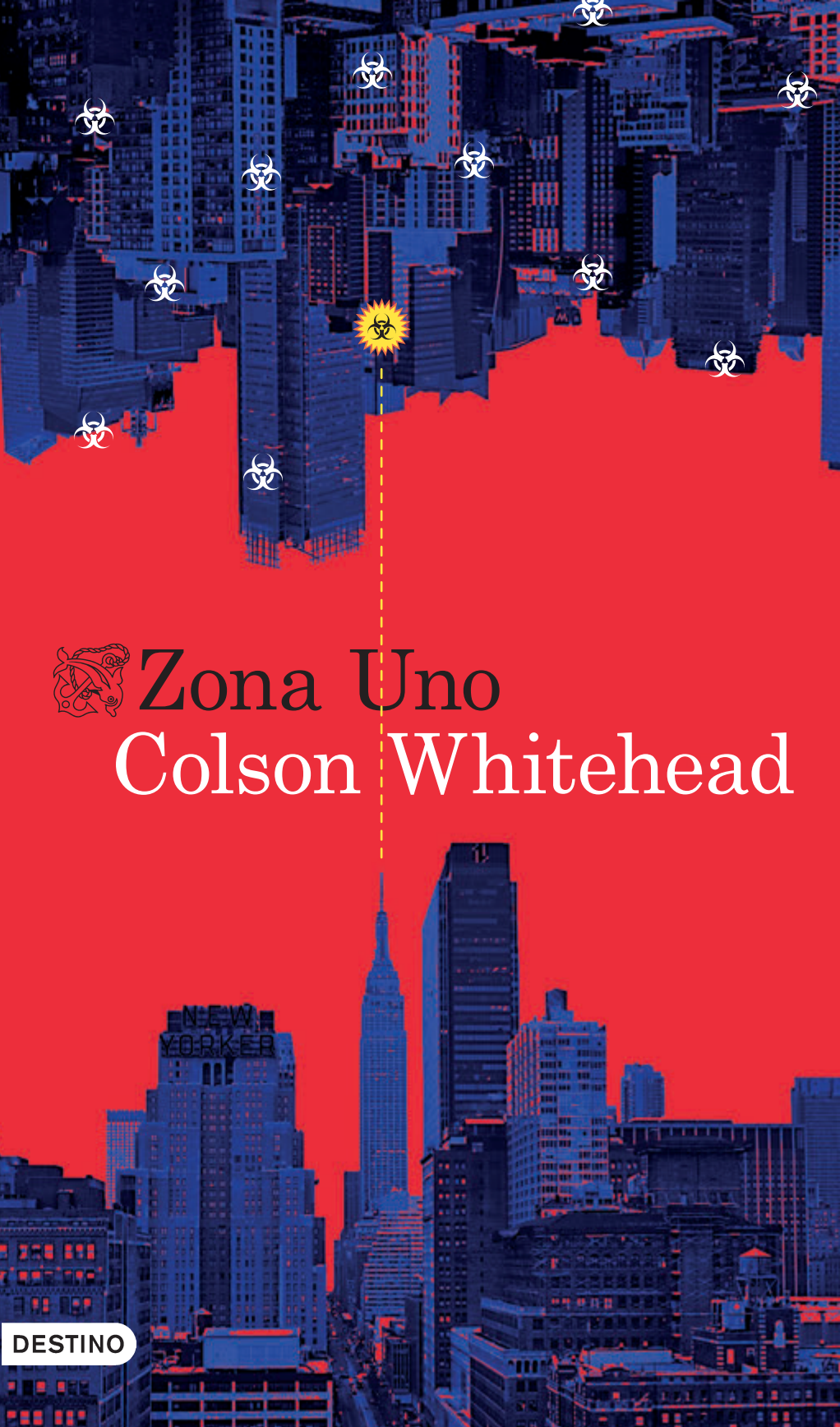
Zona Uno
Colson Whitehead
NEW YORKER
DESTINO

Zona Uno

Colson Whitehead

Traducción de
Mireia Carol Gres

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1409

Título original: *Zone One*

© Colson Whitehead, 2011
© por la traducción, Mireia Carol Gres, 2012
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2017
ISBN: 978-84-233-5284-5
Depósito legal: B. 16.272-2017
Composición: Fotocomposición gama, sl
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Siempre había querido vivir en Nueva York. Su tío Lloyd tenía un piso en el centro, en Lafayette, y durante los largos períodos de tiempo que transcurrían entre las visitas que le hacía de vez en cuando, fantaseaba con vivir allí. Cuando su madre y su padre lo arrastraban a la ciudad para visitar la exposición elegida para aquella temporada o asistir al exitazo de Broadway que, según ellos, le convenía tanto ver, solían dejarse caer en casa del tío Lloyd para darle un rápido saludo. Aquellas tardes estaban inmortalizadas en una serie de fotografías tomadas por extraños. Sus padres eran conservadores en una era de multiplicidad digital y rastrillaban la tierra en solitarias áreas de resistencia: una máquina de café que no decía la hora, diccionarios de papel, una cámara de fotos que sólo sacaba instantáneas y no transmitía sus coordenadas a ningún satélite en órbita. No les permitía reservar billetes de avión a centros de vacaciones en la playa con rápido acceso a los bosques pluviales gracias a una lanzadera a disposición de los clientes. No ofrecía posibilidades de vídeo, alta definición ni nada por el estilo. Era tan anticuada que todos y cada uno de los especímenes tambaleantes que su padre reclutaba de entre los transeúntes eran capaces de manejarla sin problemas, independientemente de lo profundo de la vacuidad que reflejaran los ojos bovinos de sus caras de turistas o del

sufrimiento localizado que encorvara su columna vertebral. Su familia posaba en las escalinatas de los museos o bajo la brillante marquesina, con el llamativo cartel anunciador sobre el hombro izquierdo, siempre la misma composición. El chiquillo, de pie, en medio; sus padres, con las manos inmóviles sobre sus hombros, un año tras otro. No sonreía en todas las tomas, sólo en ese tanto por ciento que apartaban para el álbum de fotos. Luego se subían al taxi, rumbo a casa de su tío, y tomaban el ascensor después de que el portero los examinara con minuciosa atención. El tío Lloyd se balanceaba en el umbral de la puerta y los saludaba con un dudoso «Bienvenidos a mi chaletito».

Cuando el tío Lloyd presentaba a sus padres a su última novia, el chiquillo se hallaba ya al final del corredor, aturdido, clamando su asombro por el cuero de color capuchino del sofá modular y maravillándose al ver el nuevo equipo de *home entertainment*. Primero se centraba en buscar las adquisiciones más recientes. Un día eran los altavoces sin cable que acechaban en las esquinas como espectros larguiruchos; otro, caía de rodillas ante una achaparrada caja parpadeante que funcionaba como una especie de cerebro multimedia. Recorría con un dedo sus oscuras superficies, luego les arrojaba el aliento y limpiaba con la camiseta el rastro que había dejado. Los televisores, que levitaban en el espacio y palpitaban con multitud de funciones extravagantes representadas en los gráficos de los manuales de instrucciones sin abrir, eran los últimos en el mercado, los más grandes. Su tío tenía todos los canales y atesoraba un mausoleo de mandos a distancia en el hueco de la otomana destinado a almacenar objetos. El muchacho veía la televisión y dejaba pasar el tiempo junto a las paredes acristaladas, contemplando la ciudad a través del vidrio ahumado anti rayos UVA, a diecinueve pisos de altura.

Aquellas reuniones eran rutinarias y espantosas, una

lección anticipada sobre la naturaleza recursiva de la experiencia humana. «¿Qué estás viendo?», le preguntaban las novias al entrar con paso suave para llevarle una soda y unas patatas fritas exclusivas, y él respondía: «Los edificios», mientras se sentía extraño por la atracción que la línea del horizonte ejercía sobre él. Era una partícula montada en las ruedas de un reloj gigante. Millones de personas cuidaban de ese magnífico artilugio, vivían, sudaban y se acicalaban en él, le resultaban útiles al mecanismo de la metrópoli y lo hacían mayor, mejor, historia gloriosa a historia gloriosa e idea increíble a idea increíble. Qué pequeño se sentía cuando se tambaleaba entre los dientes del engranaje. Pero las novias le hablaban de las películas de monstruos de la tele, de las mujeres que corrían como locas por los bosques o se encogían en el armario intentando no hacer ruido, o de las que le hacían, en vano, señales a la camioneta que podría salvarlas del tosco asesino. Las que aún seguían en pie al final de la película lo lograban gracias a un oscuro elemento de su carácter. «No puedo soportar estas historias de terror», decían las novias antes de volver con los adultos, tratando de darse un aire de tías, como si fueran las primeras de su especie en ser ascendidas a esa categoría. El hermano pequeño de su padre era muy maniático en lo tocante a fechas de caducidad.

Le gustaba ver películas de monstruos y observar la ciudad que se agitaba abajo. Se fijaba en detalles extraños: los antiguos depósitos de agua que acechaban desde lo alto de viejas y obstinadas estructuras de antes de la guerra y, más arriba, los sistemas centrales de aire acondicionado, agazapados y enroscados en las torres de apartamentos que rivalizaban entre sí, brillando como intestinos desparramados al aire. Las cabezas de tela asfáltica de las casas de pisos. Descubría, plegada en la grava, la ocasional silla de playa del verano anterior que, al parecer, el viento había arrastrado hasta allí desde la ca-

lle de abajo. ¿Quién era su propietario? Quienquiera que fuese, había sometido a vigilancia algunas esquinas de la ciudad y había creado un feudo. Miraba con ojos entornados los eslóganes que atravesaban, veloces, los huecos de las escaleras, las amenazas fluorescentes pintadas con Day-Glo y los manifiestos en argot callejero, alias de manifiestos de revolucionarios impotentes. Persianas y cortinas abiertas, a medio abrir, cerradas; orificios de una tarjeta perforada que tan sólo grandes ordenadores caducos alojados en la costra de vertederos sin nombre podrían descifrar. Pedazos de ciudadanos se exhibían en las ventanas, dispuestos por un comisario de exposición con un gusto por la incongruencia: las piernas abiertas, de raya diplomática, de un golfista urbano que lanzaba la bola a un escurridor; la mitad de un torso de mujer envuelto en una americana turquesa, como visto a través de un trapecio; un puño tembloroso sobre un escritorio de titanio. Una sombra se inclinaba tras el cristal irregular de un cuarto de baño, mientras el vapor se escabullía por la rendija.

Recordaba cómo eran antaño las cosas, las costumbres de la línea del horizonte. De una punta a otra de la isla, los edificios se enfrentaban entre sí, humillaban a los de menor altura con su verticalidad y su ambición, enfurruñados los unos a la sombra de los otros. Gobernaba la inevitabilidad, un mandato tras otro. El hollín de los motores de combustión y los adelantos tecnológicos en el sector de la construcción insultaban a los viejos amos, que debían su majestuoso nombre y su existencia a arquitectos que fueron famosos en el pasado. El tiempo cincelaba la elegante mampostería, que se precipitaba arremolinándose o caía en picado sobre la acera en forma de polvo, esquirlas y pedazos. Al otro lado de las fachadas, el interior había sido masacrado, reconfigurado, renovado conforme a las nuevas teorías de la utilidad de la próxima era. Un edificio clásico de seis apartamentos

transformado en un enjambre de estudios; un matadero donde se trabajaba en condiciones infrahumanas, convertido en un molino acordonado de despachos minúsculos. En todos los barrios, las construcciones de estilo imperfecto esperaban la bola de demolición, y sus huesos se fundían para ayudar a sus sustitutos a superarlos, convirtiendo el acero en acero propiamente dicho. Los nuevos edificios brotaban de los escombros, oleada tras oleada, sacudiéndose el pasado como inmigrantes. Las direcciones seguían siendo las mismas, al igual que las filosofías defectuosas. Sólo podía tratarse de un lugar. Era la ciudad de Nueva York.

El crío estaba entusiasmado. Su familia pasaba a saludar al tío Lloyd cada dos meses. Él se tomaba el refresco, veía películas de monstruos, hacía de centinela junto a la ventana. El edificio era un tótem encofrado en metal azul, un desafío en aquel nido de viejos bloques de apartamentos sin ascensor. La comisión de urbanismo se había metido los sobornos en el bolsillo, y ahí estaba ahora, flotando sobre la isla menguante. Podría encontrar un mensaje oculto si lograba aprender el idioma. Cuando la visita tenía lugar en un día de lluvia, las superficies de los edificios se mostraban despiadadas y estaban vacías, al igual que aquel día, años después. Con las aceras ocultas a la vista, el muchacho evocaba una ciudad deshabitada detrás de cuyos infinitos kilómetros de cristal no había rastro de vida, donde nadie se reencontraba con sus seres queridos en salas de estar llenas de selectos y distinguidos muebles de catálogo, y todos los ascensores colgaban como marionetas rotas al final de largos cables. La ciudad como un barco fantasma en el último océano al borde del mundo. Era una ilusión preciosa y complicada, Manhattan, y desde una perspectiva oblicua, en los días nublados, la veías desintegrarse; no podías sino considerar aquella endeble criatura en su auténtica naturaleza.

Si en una de esas tardes de su infancia le preguntaban

qué quería ser de mayor —dándole unas palmaditas en el hombro mientras el coche familiar se ponía a la cola del túnel de Midtown o cuando se dirigían zumbando hacia su salida en la autopista de Long Island—, no tenía nada que decir en cuanto a profesiones o aficiones. De niño, su padre quería ser astronauta, pero el chiquillo siempre había estado muy unido a la tierra, a pegarles patadas a los guijarros. La única cosa de la que estaba realmente seguro era de que deseaba vivir en algún tipo de construcción en la ciudad, algo bien surtido y de paredes blancas, equipado con una sucesión de bellezas pechugonas. El apartamento de su tío se parecía al futuro, un estilo de madurez que le esperaba al otro lado del río. Cuando su unidad comenzó por fin a limpiar más allá del muro —cuando fuera que sucediese—, supo que tenía que visitar el apartamento de su tío Lloyd, sentarse por última vez en el sofá modular y contemplar la pantalla vacía. El edificio se encontraba tan sólo a unas cuantas manzanas de la barrera, y, cuando apareció ante su vista, se sorprendió a sí mismo mirándolo con los ojos entornados. Buscó el apartamento, contando los pisos metálicos de color azul y tratando de detectar movimiento. El cristal oscuro no revelaba nada. No había visto el nombre de su tío en ninguna de las listas de supervivientes, de modo que al oír los lentos pasos que bajaban la escalera rezó para que no se produjera un encuentro.

Si alguien le hubiera preguntado cuáles eran sus planes en el momento del desastre, habría respondido sin problema: la abogacía. No le habían hecho ninguna oferta atractiva, no era, por naturaleza, entusiasta y sí, en general, maleable en lo tocante a los deseos de sus padres; se dejaba llevar por esa suave corriente de la clase media alta que conservaba sus puestos al tiempo que se alejaba flotando de los bancos de arena de la responsabilidad, balanceándose alegremente arriba y abajo. Había llegado el momento de dejar de ir a la deriva. Por lo tanto, leyes.

Hacía mucho que había dejado de encontrar irónico el hecho de que cuando su unidad limpió un edificio del sector de aquella semana, se topara con un bufete de abogados. Trabajaban duramente en las manzanas un día tras otro y había habido demasiadas empresas en demasiados edificios como para que ello supusiera ninguna novedad. Sin embargo, aquel día se detuvo. Se colgó del hombro el rifle de asalto y abrió las persianas del final del pasillo. Sólo necesitaba un retazo de la zona alta de la ciudad. Trató de orientarse: ¿estaba mirando al norte o al sur? Era como hundir un tenedor en un plato de gachas. En los días mejores, las cenizas emborronaban la paleta de la ciudad, sofocándola bajo una pátina gris, pero si a ello le añadías unas nubes y un poco de lluvia o nieve, la ciudad se convertía en un altar a la oscuridad. Él era un insecto que exploraba una lápida: las palabras y los nombres eran grietas en las que perderse, amenazadoras y sin sentido.

Era el cuarto día de lluvia, viernes por la tarde, y una parte de sí mismo cedió a la lasitud del fin de semana, a pesar de que los viernes hubieran perdido su significado. Resultaba difícil creer que la reconstrucción había progresado tanto que el estar pendiente del reloj, el código del vago, el concepto de fin de semana, hubieran vuelto. Habían sido un par de días monótonos que reafirmaron su creencia en la reencarnación: era todo tan aburrido que parecía imposible que fuera la primera vez que lo experimentaba. Un pensamiento alegre, a su manera, dada la catástrofe. «Volveremos.» Dejó caer la mochila, apagó la linterna de su casco y presionó la frente contra el cristal como si estuviera en el apartamento de su tío, reorganizando la arquitectura en un mensaje. Las torres emergían del carboncillo corrido, una colección de fantasías y conceptos de cosas. Se encontraba a catorce pisos de altura, en plena Zona Uno, y las formas avanzaban penosamente como esclavos cada vez más arriba, hacia el centro de la ciudad.

Ahora lo llamaban Mark Spitz. No le importaba.

Él y el resto de la Unidad Omega habían limpiado la mitad del número 135 de Duane Street, avanzando desde el tejado a un ritmo productivo. Hasta ahora sin novedad. Sólo algunas señales de destrozos en el edificio. Una pequeña caja de caudales saqueada en el piso dieciocho, comida para llevar pudriéndose sobre algunos escritorios aislados: dinero obsoleto y las últimas comidas. Como en la mayoría de las empresas que limpiaban, las oficinas habían cerrado sus puertas antes de que las cosas se deteriorasen del todo. Las sillas estaban recogidas ante la mesa correspondiente, allí donde el equipo de limpieza las había colocado en su última noche de trabajo, la última noche cuerda del mundo, y sólo unas pocas estaban ladeadas mirando hacia las puertas como si los empleados hubieran abandonado el lugar a toda prisa, atropellándose unos a otros.

En medio del silencio, Mark se permitió un descanso. ¿Quién sabía? Si las cosas hubieran sido distintas, tal vez habría comenzado a trabajar en aquella misma empresa, una vez salvados los obstáculos a los que debe enfrentarse un licenciado en leyes. Estaba asistiendo a clases preparatorias cuando cayó el telón y después ya no se preocupó por meterse en ningún sitio, ni por sacarse la licenciatura, ni por conseguir empleo alguno. Nunca había tenido problemas con la lista de requisitos de Estados Unidos, pues había superado satisfactoriamente todos los escollos de las diversas etapas de su vida, desde preescolar hasta el instituto y la universidad, con inquebrantable destreza y sin caer una sola vez en la excepcionalidad ni el fracaso. Cuando llevaba dos días en la guardería, por ejemplo, alcanzó el nivel de socialización considerado oportuno para los niños de su edad y nivel socioeconómico (compartir las cosas, no morder, una observación casi enternecedora de las instrucciones impartidas por las personas al mando) con un mínimo de alboroto. Logró

un hito tras otro en su desarrollo, como si cada movimiento estuviera ensayado. Si hubieran sabido dónde encontrarlo, los estudiosos del comportamiento infantil lo habrían adorado, observándolo a través de unos binoculares y haciendo anotaciones en sus libros de registro mientras él confirmaba sus datos y sus teorías en sus anónimos afanes. Para ellos era «el prototipo de niño, justo en la media», y los señores de la camioneta negra aparcada al otro lado de la calle, a discreta distancia, le dedicaban calurosos gestos de aprobación con los pulgares hacia arriba. Sin embargo, en este mundo, su recompensa era ese vacío que acoge casi todo esfuerzo humano, que todos conocen bien. Sus logros, por así llamarlos, se acumulaban en el montón de los no reconocidos.

Mark Spitz mantenía los ojos abiertos y exploraba su entorno en busca de indicaciones, pues ya en su más temprana edad estaba obsesionado con la supervivencia. Cada interacción tenía un código, y él lo sintonizaba. Se adaptó sin problemas a la introducción de las calificaciones por letras, ese primer indicio de que tienes facilidad para las competiciones arbitrarias. Le puso cerco a la B, o la B lo eligió a él: era su tierra nativa, y ni en el instituto ni en la universidad cruzó el límite del condado. En todo caso, su suerte era irrevocable. No lo hicieron capitán del equipo, pero tampoco lo eligieron en último lugar. Esquivó con idéntico aplomo los castigos de después de clase y el cuadro de honor. El instituto de Mark Spitz había abolido la costumbre de designar en el anuario del colegio a los estudiantes que con mayor probabilidad harían esto o aquello en aras de la autoestima universal tras una retahíla de enconadas reuniones de padres y profesores, pero la designación más adecuada para él habría sido la de «el estudiante que con mayor probabilidad no será designado para nada», y no se trataba de una categoría. Su talento residía en el embrollo bien ejecutado, sin brillar jamás, sin suspender jamás, pero prepa-

rándose para lo que hiciera falta con el fin de superar el siguiente obstáculo aleatorio de la vida. En aquello era todo un experto.

Ese talento lo había llevado hasta allí.

Soltó un eructo que sabía un poco a la pasta que había tomado para desayunar, preparada, según las minúsculas promesas del nutricionista que figuraban en el tubo, de tal modo que reproducía la idea de cómo sabían los panqueques con arándanos frescos de mamá. Su mano saltó a su boca antes de que pudiera recordar que estaba solo. Los abogados habían alquilado el cuarto piso, una elegante madriguera, y no les iba nada mal a juzgar por el alcance de las reformas. Los pisos superiores habían sido divididos en suites anodinas y modestas, con lúgubres acuarelas clavadas en el esponjoso tabique seco de las salas de espera y las mismas baldosas desgastadas, de color rosa vómito, en el suelo. Contratos de alquiler flexibles pensados para un grupo variado de inquilinos, tan variopinto como la multitud que encuentras en el típico vagón de metro que circula a la hora punta. Su unidad limpiaba empresas de consultoría con nombres rápidos que sugerían eficiencia, hurgaban en los almacenes de proveedores de prótesis y empresas de venta de semillas por correo. Peinaban agencias de viajes casi extinguidas en la era de internet, cuyas exhortaciones e invitaciones en los carteles alcanzaban agudos y desesperados registros. En el diecinueve, cruzaron en formación las habitaciones insonorizadas de una productora cinematográfica especializada en películas de artes marciales en vídeo y, en las tinieblas, tomaron por un enemigo la figura recortada en cartón de un héroe de acción. Pasaban un día tras otro en lugares del mismo tipo. En recepción, unas llaves para los aseos comunitarios del otro extremo del vestíbulo colgaban de unos ganchos adheridos en amplias lenguas de plástico que decían «Él» y «Ella». Largas hojas de papel reciclado cubrían

con expectación, como una mancha de harina de avena, las camillas de reconocimiento de unos médicos, y las revistas de las salas de espera describían una época exuberante, ahora lejana y difícil de admitir. Era imposible encontrar una revista de cotilleos o un semanario publicados más allá de cierta fecha. Ya no había ni cotilleos ni noticias.

Cuando entraron en la suite del abogado, se tropezaron con una gruta sofisticada, como si los pisos hubieran sido insertados en el edificio desde un nivel superior. En la sala de espera las luces de sus cascos se pasearon por las desconcertantes formas geométricas de la alfombra, que ensuciaron con sus botas de combate, por los amplios paneles de madera oscura que recubrían las paredes con elegante seguridad, y los muebles bajos de líneas elegantes, que prometían cardenales y que, sin embargo, al probarlos, comprimían el cuerpo conforme a unos principios de armonía somática recién descubiertos. Sus tres luces convergieron sobre el retrato de un hombre con los ojos duros y la boca encogida de un zorro hambriento —uno de los padres fundadores que vigilaba desde el más allá—. Tras una pausa, sus luces volvieron a divergir, tratando de percibir algún movimiento en los rincones y lugares oscuros.

Mark Spitz lo intuyó en el preciso instante en que empujó las puertas de cristal y vio el nombre de la empresa en adustas letras de acero suspendido sobre la mesa de la recepcionista: «Estos tíos te machacarán». Tradición y acuerdos firmes, letra pequeña inviolable que sobreviviría a sus fundadores. No conocía la naturaleza de su actividad. Tal vez sólo representaran a asociaciones benéficas y organizaciones sin ánimo de lucro, pero, en tal caso, estaba seguro de que sus clientes curaban más que nadie, tendían la mano para ayudar más que nadie y, en conjunto, hacían más beneficencia que las organizaciones benéficas de la competencia, si es que es posible decir que com-

piten unas con otras. «Pero claro que deben de hacerlo —pensó—. Incluso los ángeles son animales.»

Una vez en el interior, la unidad se separó y Mark Spitz recorrió los despachos en solitario. El mobiliario de oficina era hipermoderno y parecía de juguete, adecuado para una tienda de software para ordenadores o una empresa de diseño gráfico aficionada a hacer bosquejos del futuro. Las superficies de las mesas de trabajo eran gruesas y transparentes, talladas en plástico, y elevaban los monitores y teclados curvilíneos en dioramas de productividad. Las sillas ergonómicas vacías posaban como afables arañas, susurrando múltiples formas de confort y masaje lumbar. Se vio a sí mismo suspendido sobre el tejido del asiento, con los tirantes y los gemelos de su tribu, despidiendo gotas minúsculas de sofocante colonia cada vez que movía el cuerpo. «Traedme el rifle, por favor.» Le dio en el culo con el fusil de asalto a un gnomo para coche de esos que mueven la cabeza, y lo dejó meneándose sobre su muelle. Como era costumbre en él, evitó mirar las fotos de familia.

Hizo su propia interpretación: «Somos afectados al viejo estilo y acólitos de lo que está por venir. Una casa elegante para un joven abogado prometedor». A pesar de todo lo que había sucedido fuera del edificio durante la gran hecatombe, la estricta laboriosidad del lugar aún persistía, insistiendo en sí misma. Lo sentía en la piel aunque la gente se hubiera marchado y toda la materia blanda estuviera muerta. De unos bultos mohosos que había en las neveras de la zona común brotaban zarcillos, y cerca de los dispensadores secos de agua fría no había cubos para tirar la mierda, pero los helechos y las yucas estaban aún verdes porque eran de plástico, los premios y las menciones continuaban firmemente colgados en las paredes y los retratos de los peces gordos conservaban las poses calculadas de una tarde. Esas cosas permanecían.

Oyó tres disparos procedentes del otro extremo de la planta con una intermitencia familiar —Gary abriendo una puerta a tiros—. Fuerte Wonton les advertía continuamente en contra de actuar con brutalidad, causar destrozos o incluso extender vibraciones negativas extrañas a las propiedades cuando fuera posible, por razones obvias. Para una mayor facilidad, Búfalo había impreso las cartas No-No —unos cuadrados laminados con instrucciones que los limpiadores debían llevar siempre—. La ventana rota con el círculo rojo y una línea diagonal encima era la primera de la baraja. Sin embargo, Gary no podía contenerse; al diablo los futuros inquilinos y el diseño exclusivo. ¿Por qué utilizar el picaporte cuando podías hacer saltar la puerta por los aires? «Pueden arreglarla cuando se muden», dijo con una carcajada, mientras el humo del C-4 que había utilizado para vaporizar la puerta de la cámara frigorífica de un restaurante italiano se desvanecía. Esa sonrisa suya de loco. Como si reparar los destrozos causados por fuego semiautomático fuera lo mismo que hacer unos retoques en la escayola allí donde los anteriores inquilinos habían colgado sus paisajes en blanco y negro. Gary desintegraba las cortinas medio cerradas de los probadores de los grandes almacenes, convertía caros biombos japoneses en confeti retorcido y no tenía piedad alguna con los retretes de bisagras pegajosas.

—Podría haber uno de ellos dentro intentando recordar cómo se mea —explicaba Gary.

—Nunca he oído hablar de un caso así —replicó Kaitlyn.

—Esto es Nueva York, tía.

Kaitlyn le permitía de forma racionada un acto violento e innecesario por piso, y él hacía los ajustes oportunos, aplicando incluso principios desfasados de suspense en relación con el momento en que atacaría sus objetivos. Nunca sabían cuándo volvería a golpear. Acababa de hacer su elección para el decimoquinto piso.

Mark Spitz se puso en movimiento. Gary estaba cerca y quería parecer ocupado con el fin de evitar cualquier chiste acerca de su ética laboral. Se apartó de la ventana y recordó brevemente un fragmento de un sueño de la noche anterior —estaba en el campo, en unas onduladas tierras de labranza, quizá en Happy Acres— antes de que se le escabullera. Se lo quitó de la cabeza. Abrió de una patada la puerta de Recursos Humanos, pensó «Tal vez vuelva y pida un empleo cuando todo esto haya terminado», y se dio cuenta de su error.

El problema no era la puerta. Después de tanto tiempo en la Zona, sabía exactamente dónde darles a esas puertas de apertura con teclado para que se abrieran de golpe. El error estaba en sucumbir a los convincentes engaños, cediendo a esa pandemia de optimismo fenixio que era inevitable hoy en día y te dificultaba respirar, un contagio en sí mismo. Se le echaron encima en un instante.

Estaban allí desde el principio, las cuatro. Tal vez a una de ellas la hubiera atacado en la calle «algún pasado de rosca», ese colorista eufemismo metropolitano, y la hubieran mandado a casa tras ponerle unos puntos en el infradotado servicio de urgencias —«¿Tiene a mano la tarjeta del seguro?»— antes de comprender la naturaleza del desastre. Luego se volvió salvaje, pero una colega afortunada logró escapar a tiempo, cerró la puerta y dejó que sus compañeras de cubículo se las apañaran solas. O una historia por el estilo. Nadie acudió a prestarles ayuda porque su propia situación los desbordaba.

Mark Spitz era el primer ser humano vivo que las muertas veían, así que las antiguas señoras de Recursos Humanos estaban muertas de hambre. Después de tanto tiempo, se habían convertido en una fina membrana de carne estirada sobre los huesos. Sus faldas, que habían resbalado largo tiempo atrás de sus caderas consumidas, estaban arrugadas en el suelo, y dentadas salpicaduras y coágulos de sangre acartonaban y oscurecían aún más las

chaquetas oscuras de sus cómodos y prácticos trajes. Dos de ellas habían perdido en algún momento sus zapatos de tacón alto después de golpearse sin cesar durante aquellos largos años contra los muros de la sala buscando una salida. Una llevaba la misma marca de medias que solían llevar sus dos últimas novias, con los inconfundibles bordes rojos con puntillas. Estaban viejas y rotas. No pudo evitar fijarse en el tanga, ignorando lo que en esos momentos exigía su atención. Había hecho multitud de reajustes, pero su viejo yo todavía rugía de vez en cuando. Entonces, el nuevo yo tomó el mando. Debía matarlas.

La más joven llevaba un estilo de pelo que se había hecho popular a raíz de una comedia sobre tres compañeras de temperamento aparentemente incompatible y sus tentativas de hacer fortuna en aquella dañina ciudad. Un portero malhumorado y un vecino extravagante redondeaban el conjunto, y, en el momento del desastre, seguía siendo una cita obligada con la televisión, uno de los diez programas más vistos. El corte de pelo se llamaba *Marge*, por Margaret Hastead, la actriz deliciosamente patosa que lo había patentado en los tiempos de alfombras rojas y *tête-à-tête* llenos de coqueteos de los programas de entrevistas que se emitían a altas horas de la noche. A Mark Spitz no le parecía atractiva —demasiado flaca—, pero las legiones de mujeres jóvenes que huían de sus atrofiadas ciudades y municipios para reinventarse a sí mismas en la Gran Ciudad reconocían algo en sus mortificaciones y habían convertido esa parte suya en un fetiche. Las habían pescado con la vieja mentira de hacerse un nombre en la ciudad. Ahora tenían que averiguar cómo sobrevivir. Buscar y juntar el dinero para el alquiler, conseguir un plato de fideos japoneses. Los clubes y restaurantes especializados en raciones reseñados aquella semana estaban invariablemente llenos de rebaños de Marges, sorbiendo novedosos cócteles en vasos decorados con canela y riendo con demasiado entusiasmo.

Marge fue la primera en agarrar a Mark Spitz, aferrando su bíceps izquierdo y tomándolo entre los dientes. En ningún momento lo miró a la cara, sino que se ensañó con su ropa de faena; sólo se fijaba en la carne que había debajo. Había olvidado lo mucho que dolía cuando un skel trataba de darte un buen mordisco; hacía bastante tiempo desde la última vez que uno lo había intentado. Marge no lograba penetrar el intrincado entresijo de fibras de plástico —sólo un idiota hablaría mal del nuevo tejido milagroso, fruto de la necesidad de una era de epidemia—, pero cada rabiosa dentellada le arrancaba aullidos de dolor. El resto de Omega llegaría enseguida, marchando con pasos pesados por los pasillos. Oyó el sonido de los dientes al astillarse. Los limpiadores debían permanecer juntos precisamente para evitar ese tipo de situaciones, el teniente era muy claro en lo tocante a este punto. Pero las últimas acciones programadas habían sido tan tranquilas que no se habían ceñido a las órdenes.

Por el momento, Marge estaba ocupada —le llevó cierto tiempo a su menguada perspicacia apercibirse de lo fútil de la empresa—, de modo que Mark Spitz dirigió la atención al skel que le atacaba desde las dos en punto.

Las pobladas cejas, la sombra de un bigote —no le resultó difícil reconocer en este último a su profesora de inglés de sexto grado, miss Alcott, que analizaba las frases con un meloso acento del Bronx y tenía debilidad por los sujetadores tipo torpedo. Cuando pasaba junto a su pupitre recogiendo ejercicios de vocabulario, olía a jazmín. Siempre le había gustado mucho miss Alcott.

Ésta había sido, con toda probabilidad, la primera en contagiarse. De ojos para abajo, era todo un hocico oscuro y sangriento, el delator embadurnamiento que resulta de hundir la cara hasta el fondo en carne viva. Un día de trabajo cualquiera la muerde algún chiflado de Nueva

York mientras se está comiendo una ensalada primavera en la tienda de comida preparada que hay en la esquina. Ella se contagia, pero todavía no lo sabe. Aquella misma noche la asaltan los primeros temblores y las legendarias pesadillas de las que todos habían oído hablar y contra las que todos habían rezado —las premoniciones, los terrores nocturnos, que eran el hurgar del subconsciente en las vivencias de toda una vida en busca de una respuesta o de una escapatoria a esa trampa—. Con estos primeros síntomas es posible que transcurra un día entero sin que pierdas la chaveta. Al día siguiente, regresa a su cubículo, porque no ha faltado un solo día por enfermedad durante años. Entonces se produce la transformación.

A menudo, Mark Spitz reconocía algo en esos monstruos, se parecían a alguien a quien había conocido o amado. A un compañero de laboratorio del instituto o al cajero larguirucho de la tienda de comestibles, a la novia que había tenido durante el segundo semestre de su primer año de universidad. A su tío. Perdió tiempo mientras su cerebro zumbaba girando sobre sí mismo. Había aprendido a seguir adelante con lo que tenía entre manos, pero a veces se fijaba en unos ojos o una boca que pertenecían a alguien a quien había perdido, y buscaba con empeño una correspondencia. No tenía claro si evocar a un conocido o querido en estas criaturas constituía una ventaja o no. Una «lograda adaptación», como decía el teniente. Si se paraba a pensarlo —cuando hacían vivac por la noche en el loft de algún jodido ricachón o estaban tumbados en el suelo de una sala de conferencias de Wall Street embutidos hasta la barbilla en el saco de dormir—, concluía que tal vez estos reconocimientos ennoblecieran su misión: estaba realizando un acto piadoso. Aquellas cosas quizá hubieran sido gente conocida, personas parecidas a alguien que conocía pero que no lo eran, e individuos a los que casi podía afirmar que co-

nocía, eran familiares de alguien y merecían que los liberara de su sentencia de sangre. Era un ángel de la muerte que ayudaba a aquellos seres a proseguir su viaje y a abandonar aquella esfera, no un mero exterminador de plagas. Le disparó a miss Alcott en la cara, convirtiendo el parecido en una neblina roja, y, en aquel preciso momento, todo el aire se le escurrió de los pulmones y se encontró tirado en la alfombra.

La del traje de color rosa caramelo se había abalanzado sobre él —Marge le había hecho perder el equilibrio con su agresivo acoso, y no pudo enderezarse una vez que esta otra muerta se le echó encima—. El skel se sentó a horcajadas sobre él, y Mark Spitz sintió que el rifle se le hincaba en la espalda; se lo había colgado del hombro durante su parada técnica junto a la ventana. Observó la tela de araña de cabello gris del skel. Las horquillas que sobresalían; una idea absurda se le pasó por la cabeza: «¿Cuánto tardará en caérsele la peluca?». (El tiempo pasaba a cámara lenta en situaciones como ésa, para conferir al horror un escenario más amplio.) La criatura que tenía encima le clavó en el cuello los siete dedos que le quedaban. Los otros se los habían arrancado de un mordisco a la altura de los nudillos, y probablemente se agitaban en la barriga de una de sus antiguas compañeras de trabajo. Se dio cuenta de que al precipitarse al suelo había dejado caer la pistola.

Este último skel poseía, sin lugar a dudas, la determinación que correspondía a un auténtico habitante de Recursos Humanos, dotado por naturaleza y preparado por educación para su meritorio avatar. El reajuste que la plaga había provocado en sus facultades no había hecho más que mejorar sus cualidades subyacentes.

El primer trabajo de oficina de Mark Spitz incluía empujar un carro de correo por los pasillos de una empresa de pago de nóminas situada en un parque empresarial de Hempstead, bastante cerca de su casa. De niño,

había decidido que aquel complejo era una especie de central de información para la inteligencia militar, confundiendo sus imperturbables fachadas con el poder clandestino. El misterio se desveló el primer día. Los demás chicos de la oficina de clasificación de correspondencia eran de su misma edad, y cuando el jefe cerró la puerta de su despacho, le montaron un espléndido coro de chanzas. La única aguafiestas era el ogro de la directora de Recursos Humanos, que se mostraba implacable con el papeleo de Mark Spitz, de lo más insidiosa con su formulario que si esto, que si lo otro, las credenciales necesarias. Estaba al servicio de instituciones donde se parafraseaba a los seres humanos en números, componentes de un paquete de datos que había que lanzar hacia el significado a través de un cable de fibra óptica.

«Su cheque no se puede procesar si no se ha completado el papeleo.» ¿Cómo iba a saber él dónde estaba su tarjeta de la Seguridad Social? Su habitación era una leonera. Necesitaba herramientas de excavación especiales para encontrar calcetines. «No está usted en el sistema. Podría perfectamente no existir.» ¿Dónde estaba ahora el sistema, después de la catástrofe? Durante muchísimo tiempo, había sido un puño invisible suspendido sobre sus cabezas, pero ahora los dedos estaban abiertos, deslavazados, y todo se escurría entre ellos, todo se escapaba. En agosto regresó corriendo al sector servicios, sirviendo martinis de color granada en las veladas especiales para señoras de los miércoles. Trató de quitarse de encima a Recursos Humanos. Los ojos del skel se zambulleron en la blanda carne de su rostro. Se aproximó a él con intención de darle un mordisco.

Como la mayoría de los reclutas de las unidades de limpieza, rechazaba ponerse la visera del casco, a pesar de las reglas, de las cartas No-No y de todas las veces que había presenciado cómo esa decisión tenía funestas consecuencias. No podías acarrear dieciocho kilos de equipo

hasta lo alto de una torre de pisos de Nueva York mientras se te empañaba la visera de plástico. Las líneas de suministros seguían siendo un caos tremendo en todas partes, y los limpiadores eran los últimos en la escala de prioridades para el resto de las cosas, salvo en lo relativo a las balas. Todo el mundo, desde el Corredor del Noroeste hasta Omaha y la Zona Uno, tenía balas suficientes ahora que Búfalo había puesto Barnes a trabajar; las antiguas amas de casa, los asmáticos crónicos y las viejas fabricaban municiones sin parar, día y noche, en las cadenas de producción. En la actualidad, Rosie *la Remachadora* era una antigua mamá que llevaba a sus hijos a fútbol y que acababa de abrir su propio negocio de catering cuando llegó la Última Noche mientras su marido y sus hijos estaban comiendo junto a un empleado de parking en el almacén de electrodomésticos de bajo coste del centro comercial del lugar.

Éstas eran las prioridades: primero, Búfalo conseguía lo que necesitaba; luego les tocaba a los militares; después, a la población civil y, por último, a los limpiadores, lo cual significaba que Mark Spitz no tenía el equipo adecuado para protegerse la cara: uno de esos fantásticos modelos que llevan los marines, con alambre impenetrable ultraligero, ventilación adecuada y revestimiento para el cuello. Había visto a un inútil que patrullaba con una máscara de portero de fútbol —toda una estupidez, en realidad, porque a cualquier skel le habría resultado facilísimo arrancársela de la cara—. Algunos de los muchachos de las otras unidades habían adquirido la costumbre de practicar agujeros en la gruesa visera de plástico, de modo que Mark se propuso probar ese último truco si lograba salir de aquel follón. Sin embargo, con o sin protección para el rostro, nunca debías permitir que te inmovilizaran.

La primera vez que vio a un grupo de ellos inmovilizar a alguien fue en los primeros tiempos. Debió de ser

entonces, porque aún estaba intentando salir de su barrio. Una barrera invisible rodeaba su distrito, cada oportunidad de escapar acababa siendo saboteada por su certeza de que las cosas estaban a punto de volver a la normalidad, de que aquella nueva realidad salvaje no podía durar. Iba de camino al centro comercial, que distaba unos ochocientos metros de su casa —los representantes más próximos de la civilización eran el expendedor de gasolina y cigarrillos abierto veinticuatro horas, la tienda de pizza y bocadillos, que todos conocían por su lobreguez, y una tintorería moribunda, ese fiable intensificador de manchas—. Había pasado la noche en brazos de un roble, la primera de las muchas fiestas de pijamas en la copa de un árbol por llegar. Pensó que si alguien estaba equipado para esta «nueva situación» era mister Provenzano, con el presunto arsenal que ocultaba en el sótano de la pizzería. El alijo de armas del sótano era un eterno y muy querido tema de especulación tanto por parte de los chiquillos como entre los adultos amantes de la destrucción y el desorden, alimentado por rumores de ceremonias de iniciación de bandas criminales y una robusta leyenda que giraba alrededor de la picadora de carne.

Mark Spitz no tenía idea de si era posible acceder a la pizzería, pero ofrecía mejores perspectivas que los callejones silenciados de New Grove, la urbanización de casas idénticas a aquella a la que sus padres se habían mudado treinta años atrás, con los regalos de boda esperándolos en el recibidor cuando llegaron de su luna de miel. Esperó a que amaneciera y se palmeó las piernas y los brazos, que se le habían quedado entumecidos, para hacer circular la sangre. Luego, atajó por los patios traseros colindantes, los caminos directos de su niñez, y se arrastró y se abrió paso alrededor de la pequeña mansión a medio construir de Claremont, intentando familiarizarse con la calle antes de lanzarse a la vía principal. La

empresa constructora había perdido liquidez el año anterior, y sus padres se quejaban de aquel engendro como si hubiera una obligación contractual. Las láminas de plástico que colgaban allí donde debería haber muros, los grandes montones de barro naranja que se filtraban, derrotados, al exterior tras cada chaparrón. Según protestaban sus padres, era un criadero de mosquitos. Esos bichos transmitían enfermedades.

El viejo llegó corriendo por la calzada. Una chaqueta de punto gris se agitaba sobre su pecho desnudo, y completaban su atuendo unos pantalones verdes a cuadros escoceses cortados a una distancia cómica por encima de las pantuflas, que llevaba sujetas a los pies con cinta aislante negra. Seis de aquellos demonios se habían congregado en el césped de una casa de estilo Tudor que había a medio camino calle abajo, y se volvieron al oírlo llegar. El viejo corrió más rápido, girando para rodearlos, pero no lo consiguió. Se cubría los ojos con unas gafas oscuras de aviador y llevaba un dispositivo inalámbrico en el oído, al que iba relatando sus progresos. ¿Estaría hablando realmente con alguien? Los teléfonos estaban muertos, y las redes leales y fiables habían dejado de existir, pero tal vez las autoridades estuvieran arreglando las cosas ahí fuera, recordaba haber pensado Mark, el gobierno estaría tomando el control. La autoridad estaría interviniendo. Dos de ellos tiraron al hombre al suelo y, luego, todos le saltaron encima como hormigas que han recibido un telegrama diciendo que hay una piruleta en la acera. Era absolutamente imposible que el viejo se levantara. Todo pasó muy deprisa. Cada uno de ellos se adueñó de una extremidad o un punto estratégico bien situado mientras el hombre chillaba. Empezaron a comérselo, y los gritos del viejo atrajeron a más de aquellos monstruos, que fueron llegando tambaleándose por la calle. Estaba sucediendo en todo el mundo: un grupo de ellos se entera a la vez de que hay comida y empiezan a retorcer sus cuerpos

al unísono, aquella absurda coreografía. Un cordón de sangre salió disparado del corrillo y se quedó inmóvil —así era como lo recordaba siempre, eso fue lo que vio mientras estaba agazapado observando bajo los bloques de hormigón—. Un pedazo de cuerda roja suspendido en el aire por breves instantes hasta que el viento lo hizo caer. No pelearon por el viejo. Cada uno obtuvo un pedazo. Por supuesto, no podía haber nadie al otro lado de la línea porque los teléfonos nunca volvieron a funcionar. El anciano había estado gritándole al vacío.

Si dejabas que te inmovilizaran, estabas muerto: no había forma de impedir que te hicieran pedazos, independientemente de la lamentable armadura en la que te hubieras guarecido, en la que hubieras depositado tus esperanzas. Acababan contigo. Soñó con húmedas tardes de verano en Long Beach, inmerso en un denso olor a almejas fritas. La caricatura de una langosta en el fino babero de plástico, la hipnotizante melodía del camión de los helados en busca de presas. (Sí, el tiempo transcurría más despacio con el fin de propiciar la ocasión de que las facciones rivales que había en él, la luz y la oscuridad, se enfrentaran entre sí.) Arrancarían a Mark Spitz de su ropa de faena del mismo modo en que él había extraído la carne de pinzas, colas y caparazones. Eran una legión de dientes y dedos. Agarró el pelo ralo de Recursos Humanos y, de un tirón, desvió el avance de su cabeza hacia su nariz. No le quedaba ninguna mano libre para agarrar el cuchillo, pero localizó el lugar del cráneo donde se lo habría clavado. Buscó la pistola. Estaba cerca de su cintura. Marge se encontraba de rodillas y se deslizaba por su brazo en dirección a la piel expuesta entre la manga de malla y el guante. La luz era tal que vio su rostro reflejado en los ojos lechosos de Recursos Humanos, fijos en aquel vacío sin sentido. Entonces, notó que el cuarto skel le aferraba la pierna, y se perdió.

Tuvo el pensamiento prohibido.

Reaccionó. Desprendió a Recursos Humanos de su pecho y se lo arrojó encima a Marge. Agarró la pistola y le disparó en la cabeza.

El cuarto monstruo intentó clavarle los dientes en la pierna, pero su traje de faena se lo impidió. Le habían arrancado a mordiscos la mayor parte de la carne del rostro. (Aquella primera semana había visto a un samaritano que le hacía el masaje cardíaco a un conciudadano infectado. Al inclinarse para hacerle el boca a boca, el muerto le había arrancado la nariz.) Unos aros de oro enormes y finos colgaban de los lóbulos de sus orejas, tintineando al entrechocar el uno con el otro mientras reptaba sobre el cuerpo del limpiador. Mark Spitz apuntó a un lugar de la parte superior de su cabeza y lo liquidó.

—Te pillé —dijo Gary. Le sacudió a Marge de encima de una patada y, con la bota, retuvo el hombro de la criatura contra el suelo.

Spitz volvió la cara para evitar las salpicaduras, apretando los labios hasta convertirlos en una fina rendija. Oyó dos disparos. Los cuatro estaban muertos.

—Mark Spitz, Mark Spitz —bromeó Gary—. No sabíamos que te gustaran las mujeres mayores.

Habían empezado a llamarlo así después de que encontraran por fin el camino de vuelta al campamento tras el incidente de la autopista interestatal de la costa Este, la I-95. El nombre cuajó. No le importaba lo más mínimo. La ofensa era un lujo, al igual que el champú y el afecto.

Se apartó de los cuerpos rodando sobre sí mismo en dirección a la trituradora de papel e intentó recobrar el aliento. Jadeaba, con la frente perlada de sudor. El pie del skel sin rostro se agitaba adelante y atrás, como el rabo de un animal que dormita sobre el cemento en un zoo. Luego se detuvo al final de un recorrido y quedó inmóvil.